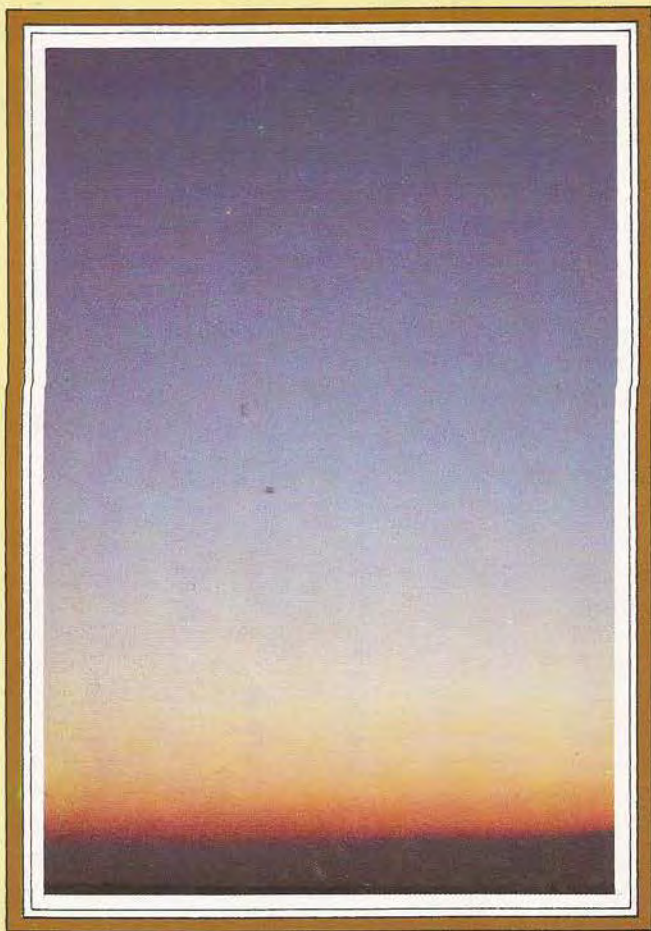


# LO UTOPICO Y LA UTOPIA

J.M. Bermudo, F. Munné, R. Puigjaner, J. Tejada, J. Wagensberg y otros.

Coordinación: J.J. Morente



integral





# Las utopías tópicas

José Manuel Bermudo

## 1. Reformas, ficciones y utopías

Para organizar nuestra reflexión distinguiremos en la utopía entre el presupuesto utópico y el modelo utópico. El presupuesto utópico es ese elemento de infinitud, o tal vez de indefinición, que acompaña a las representaciones utópicas; el modelo utópico, en cambio, es la forma concreta que toma dicha representación. Con el primero tratamos de designar el deseo infinito e imposible de perfección y felicidad; es decir, la infinita insatisfacción, y por tanto la eterna pasión de negación de toda realidad, que por ser *real*, por *ser*, es necesariamente limitada. Con el segundo nos referimos a la «ciudad ideal» que cada época sueña y cuya belleza y bondad le vienen de la miseria y mezquindad de lo real-existente, no de sí misma.



Esta distinción tiene una importancia adicional en un análisis con perspectiva histórica, como pretende ser éste. Pues ocurre que la «ciudad ideal» ha pasado a constituir un género literario: las *utopías*, en los ambientes ilustrados, se concretan en una lista más o menos extensa de obras literarias. Y, curiosamente, como intentaremos exponer, al positivizarse la utopía, al materializarse en una descripción con límites y perfiles, al escribirla o narrarla, parece desvanecerse, ahuyentarse, el *presupuesto* utópico, que en cambio se deja sentir en el fondo de discursos formalmente menos utópicos, más críticos.

Podríamos decir, para comenzar, que *toda* situación real, *toda* ciudad real provoca simultáneamente tanto un deseo de reforma limitado y concreto, como un deseo aparentemente radical alternativo, que se expresa en la correspondiente *ciudad ideal* y, en fin, un deseo ilimitado, puramente negativo, inconcreto e inconcretizable. Es decir, (y dejando de lado el deseo reformista, integrado, y por tanto nada utópico) ante un *orden* preciso, necesariamente insatisfactorio, que se vive como injusto, arbitrario, irracional, malo y feo, en el hombre nace tanto un deseo de un *orden nuevo*, justo, legítimo, racional, bueno y bello, cuanto una añoranza del desorden, de la indiferencia, de la pura espontaneidad. O sea, como si en el hombre se dieran dos dimensiones utópicas: una de ellas, la utopía moderada de la *ciudad ideal*, algo así como una utopía a medias, pues si ese nuevo orden no tiene otro *lugar* que la imaginación, lo cierto es que, como *orden*, implica una *topo*-grafía; la otra, la utopía radical, es decir, una representación tan radicalmente utópica que, para no recurrir a la ficción de los lugares imaginarios, renuncia a ser representación ordenada, renuncia al orden, renuncia al discurso, a la razón, a la armonía..., en fin, a todo aquello que es de una u otra forma orden, aunque sea el orden bello y bueno, escapando así a toda *topo*-grafía y consiguiendo así ser auténticamente *u-topía*.

Así, por tanto, utopía moderada de la ciudad ideal, es decir, utopía pensable o imaginable, y, como todo pensamiento o imaginación, con un orden, aunque sea insólito...; y utopía radical de la pura negación del orden, que aparece sólo como intuida y latente en aquellos discursos como el rousseauiano sobre la desigualdad, cuando sospechaba que la razón (con las ciencias, las artes, las letras y las leyes como su obra) y la sociedad son la misma cosa: sumisión al orden, limitación, de un ser que ha nacido para una libertad infinita, para una radical indiferencia en su soledad. Utopía no pensable ni imaginable,



porque pensamiento y razón son espacios del orden, o sea, de lo *tópico*. Utopía no decible, pues cuando ello se intenta se escapa, huye, desaparece, dejando sólo una grosera huella, como esa «ciudad ideal» del *Contrato Social*, tan poco utópica, tan razonable, que su ausencia sin duda es sólo un tosco accidente cósmico, o una lamentable expresión de la mediocridad de la especie humana, que en su perpetua indigencia llega a la ficción de poner como utópico lo que sólo es razonable. De ahí que, aunque hayamos decidido no incluirlo, el deseo de reforma sea a veces más utópico, es decir, más en línea con el presupuesto utópico, que las ciudades ideales. Porque, en definitiva, el *Catecismo de los industriales* de Saint-Simon y la *Teoría de la unidad universal* de Fourier son más tolerables (porque se viven como ficciones literarias) que *El almanaque de la gente honesta* de Maréchal, que pretendía algo tan aparentemente poco utópico como hacer que los santos se llamaran Miguel Angel, Rousseau, Marco Aurelio... ¡Eso sí que era imposible!

## 2. Las ciudades ideales

Como hemos señalado, normalmente se entiende por *utopías* un conjunto de textos que describen otras tantas supuestas «ciudades ideales». Así, es un tópico enumerar como utópicos los modelos de vida social descritos en *La República*, de Platón; en *La Ciudad de Dios*, de San Agustín; en la *Utopía* de Thomas Moro y *La Ciudad del Sol* de Campanella; en *La Nueva Atlántida* de Bacon y *Los Océanos* de Harrington; o en *El Otro Mundo* de Cyrano de Bergerac, *La Nueva Solyma* de Samuel Gott... No obstante, una lectura sin prejuicio de estos relatos pone en tela de juicio la deseabilidad de tales modelos, su «idealidad». Sin pretender restar grandeza literaria, e incluso filosófica, a la obra platónica, lo cierto es que pocas personas de nuestra época apostarían por una *polis* fiel al diseño de la *República* de Platón, a no ser que les dieran garantías de ser puesto entre los gobernantes o, al menos, entre los guerreros. Y aún más fatigante y aburrido resultaría vivir en la *Utopía* de Moro, modelo pensado como plaza fuerte cerrada a todo viajero, protegida contra toda idea extranjera, resistente a toda erosión de las virtudes y costumbres más bien *tópicas* que *utópicas*.

Quiero decir que, en rigor, si de una «ciudad ideal» exigiéramos, para considerarla utópica, que fuera infinitamente deseable, y no sólo históricamente inexistente, sin lugar, entonces esas ciudades ideales narradas distan mucho de ser utopía. La *Macaria* de Hartlib, por ejemplo, apenas hace otra cosa que ensalzar y embellecer un poco la Inglaterra razonable de la época; el *Telémaco* de Fénélon llega a ofrecer dos ideales, el agrarista-religioso y el del déspota-esclarecido, para que cada cual elija; *Los Severambos* de Vairasse y *La Isla de los hombres razonables* de Claude Gilbert no superan la ingenuidad de confiar la formación del hombre virtuoso a las leyes justas; y el anónimo *Viaje al centro de la tierra* es una poco fiable apuesta por la salvación a través del maquinismo.

Tal vez pueda pensarse que su carácter utópico les viene de su deseabilidad en su momento histórico, que cada época delinea su «ciudad ideal» poniendo en ella el máximo de perfección que es capaz de imaginar... Incluso aceptando este prudente relativismo, nos sigue pareciendo dudoso. Pues la *Nueva Solyma* es apenas la moderada aspiración a una sociedad de clases medias y *Noland* o *La República de Ninguna Parte* se limita a sustituir el rey inglés por un presidente de la república, eso sí, un poco más ilustrado y honesto. Ni siquiera *el Contrato Social* de Rousseau o el *Código de la Naturaleza* de Morelly son en ese sentido utópicos, pareciendo más bien modelos razonables y pragmáticos, orientados por el principio del *mínimo mal* y *máximo bienestar*.

Intentamos decir que la bondad y la belleza de esas «ciudades ideales» les viene tal vez de la miseria histórica real que logra convertir en utópico lo que apenas es una prudente y tímida aspiración. Como si la miseria del orden contra el cual surge el nuevo orden utópico se dejara sentir incluso en la alternativa que provoca, ejerciendo también en ella su dominio, poniendo en ella el límite, la moderación... y, en definitiva, garantizando el amor al orden (aunque sea otro orden). Permite pensar e imaginar lo tópico, ligeramente embellecido, pero impide el acceso al deseo incondicional de lo utópico. Algo así como la tolerancia del gran tolerante, de Locke, que llamaba a tolerar cualquier religión... pero no a los *sin religión*. Porque, en rigor, utópica, lo que se dice utópica, lo es más la «utilitaria» ciudad ideal de *La fábula de las abejas* de Mandeville, que se permite el lujo de fingir cómo la felicidad pública y universal brota del ejercicio de los vicios particulares e intereses privados ¿O no?

Ahora bien, si los hombres han sido tímidos a la hora de imaginar la ciudad ideal, es decir, a la hora de describirla positivamente, no lo han sido cuando han acentuado la negación de lo real existente, dejando la alternativa esbozada en hueco. Ya nos hemos referido a la negación de Rousseau en el *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, cuando identifica sociedad, ley, propiedad, ciencias y artes, razón, universalidad..., cuyo significado concreto es negación, limitación, privación de la libertad, de felicidad y de piedad, es decir, de los máximos valores del hombre natural; podríamos añadir la de Marx, apoyando la revolución más en las contradicciones propias del capitalismo que en la deseabilidad del comunismo, como si intuyera que no valía la pena insistir en la descripción imaginaria de otro modelo social, en el que el hombre pudiera ser pescador por la mañana, músico por la tarde y poeta por la noche...; en fin, que incluso imaginando el «socialismo sin reloj», el producto no sería suficientemente deseable. Pues, ¿no ha sido así? De aquel ideal de los primeros marxistas, que apenas superaba la eliminación de la propiedad privada y la división en clases, hasta la exégesis de los años 60 y principios de los 70, en que la *Revolución* dejaba de ser meramente económica y política para ir engrosándose, absolutizándose, haciéndose además ideológica, antropológica, estética, moral, lingüística, metafísica... ¿no hay gran distancia en imaginación y belleza? Y, no obstante, ¿aparece realmente como infinitamente deseable?

Nos tememos que sólo en la medida en que se mantenga en la indefinición. Pues en cuanto pase a concretarse —no a realizarse, sólo relatarse— deja ver sus límites, su escasez, su orden, su amor al orden, en suma, la indigencia de su origen. Pues, acosado por las necesidades más elementales, embrutecido por la escasez, acostumbrado a la privación, la mera sobrevivencia llega a parecer utópica. Pero, conquistado ese nivel, enseguida se muestra no sólo la razonabilidad y moderación de lo ayer imaginario, sino su propia indigencia como hija de la escasez. Y así se comprende que sólo lo imposible es infinitamente deseable. Sólo lo imposible es verdaderamente utópico. Sólo lo radicalmente imposible; lo imposible incluso de imaginar. La utopía, por tanto, lejos de dejarse cazar por el género literario, aparece más bien en sus márgenes como el Dios de la teología negativa, condenado a ser sólo horizonte. La utopía no se deja escribir, ni casi decir; lo utópico escapa al lenguaje, al menos al lenguaje racional y



razonable, ordenador, pues el orden supone lugares y lo utópico escapa a cualquier topografía.

Si Marcuse podía hablar de «final de la utopía» era porque entendía por utopía lo simplemente razonable e incluso justo. Ciertamente la paz, el bienestar, la justicia, la igualdad, la libertad son ya posibles, dependiendo únicamente de una reordenación racional de los recursos y las relaciones sociales en el mundo, es decir, de la revolución. Pero ¿cuándo no fue posible? Si puede anunciarse el final de la utopía porque lo utópico es ya posible, se debe a que la miseria, la irracionalidad y la barbarie han llevado a los hombres a recortar su imaginación, hasta el punto de llamar utópico a la simple suficiencia, racionalidad y justicia. Nos han recortado incluso los sueños. Como diría Rousseau, de aquel ansia infinita de independencia apenas queda un tímido deseo de libertad. Porque si hay un índice válido de la miseria y sumisión humanas, tal es su timidez al diseñar lo utópico. Amar a un Príncipe para liberarse de un Amo es razonable, pero no utópico; desear la paz para salir de la guerra, es razonable y sano, pero no utópico, pues, con excesiva frecuencia, *miserriman servitutum pacem appellant*.

### 3. Utopías y Progreso

Si dejamos de lado la *República* de Platón, así como la *Ciudad de Dios* agustiniana, que al fin no es de este mundo, y se propone más como un *deber* que como un *deseo*, casi todas las grandes utopías (me refiero a las escritas) pertenecen al período moderno. Nacen con nuestra civilización «occidental», con las esperanzas que ésta desperta y con la *idea* que arraiga en las conciencias. Suele decirse que en una representación cíclica del mundo, o en un orden providencial, no caben sueños de *ciudades ideales*. Parece que la idea de «progreso» genera una conciencia mucho más favorable para imaginar cambios ideales. Es razonable sostener que las utopías son representaciones que suponen la idea de progreso. No obstante, y aunque parezca paradójico, las utopías escritas suelen poner en cuestión el progreso, parecen imaginadas contra el mismo.

Lo ponen en cuestión, sin duda alguna, y como es frecuente, cuando esas *utopías* se sitúan en el pasado imaginario, cuando miran hacia la edad de oro, el paraíso en el origen; pero no sólo en estos casos, que son manifiestamente antiprogresistas, sino también cuando

la esperanza se deposita en las máquinas y el saber, como hacía el saint-simonismo. Pues al narrar la ciudad ideal siempre se define el equilibrio, la armonía, es decir, se controla y detiene (imaginariamente es fácil) el progreso. Sólo el progreso limitado y controlado, cualificado, parece deseable; el progreso sin límite, sin orden ni ritmo, infinito, parece asustar... por impensable o inimaginable.

Hasta que lo hiciera McLuhan tal vez nadie haya incitado tan radicalmente a los hombres a abandonarnos a la tecnología electrónica, a depositar en su incontrolable ritmo nuestra salvación; pero incluso en McLuhan aparece la trampa, pues esa incitación no implica el riesgo de lo infinito, de lo radicalmente diferente, sino que está controlado con la promesa de que la electrónica nos devuelve al origen, a la «aldea global», a la participación colectiva, a la transparencia de las conciencias... Es un progreso cuyo fin se conoce, con lo cual, al ser *limitado*, tranquiliza.

Podemos, pues, afirmar que todas las utopías escritas de nuestra civilización, todas nuestras utopías concretas o ciudades ideales, nacen de y contra el progreso, al ser éste la clave del orden —y del caos— social. Y que ello es así tanto en las utopías que miran hacia atrás con regusto a religiosidad, agravismo austero y militarismo patriota, como en aquellas que simulan mirar hacia adelante, acentuando el valor y perfección del individuo, la paz y el bienestar en el equilibrio de las pasiones. Hijas del progreso, nuestras utopías han rondado siempre ese objetivo de regresar, de detener o, al menos, de dirigir y regular el progreso. Hijas del progreso, quedan en sus redes, en sus límites. Nacidas frente a un *orden*, se quedan en la *reordenación*. Y, por tanto, sólo son deseables en tanto que irrealizadas: el progreso y su orden las generaron y la propia hegemonía del progreso y su orden mantiene su deseabilidad, porque su perfección les viene de la miseria existente. Pero si un día les llegara su hora, dejarían ver sus límites, su relativa miseria, la dependencia de su nuevo orden respecto al orden contra el que nacieron y frente al que se legitimaron; o sea, su pertenencia al orden. Como diría Rousseau, es mejor una ciudad ideal, una ciudad virtuosa, que una ciudad degenerada; pero también aquella es *ciudad*. Y, por lo tanto, sólo relativamente perfecta, no infinitamente deseable.

Al contrario de lo que aparece en las utopías escritas, al fin y al cabo moderadas y razonables, nos parece que las doctrinas que han



protagonizado o hegemonizado nuestra cultura son radical y fuertemente utópicas y, además, que ese utopismo está basado en la apuesta por el progreso, si no en sus formas objetivas sí en el principio filosófico que lo inspira. Una apuesta que aparece siempre moderada y subordinada en los discursos manifiestos, (lo que deja ver la falsa conciencia de sí), pero que vista en profundidad deja ver su incondicionalidad.

El liberalismo (en todas sus formas y variantes históricas, incluida la «doctrina social de la Iglesia» y la «economía social de mercado») y el marxismo (también en sentido genérico), pueden tomarse como los dos modelos-programas que, tomados en su sentido más laxo, e incluyendo variantes y formas mixtas e híbridas, resumen la conciencia social de nuestra sociedad «occidental». Pues bien, en ambas corrientes, y sin prejuicio de sus diferencias radicales, sus contraposiciones, etc., que no sólo no ignoramos, sino que reconocemos como irreconciliables, se da un mismo *presupuesto utópico*. Se diferencian las «ciudades ideales» que puedan soñar, pero el presupuesto utópico es común, lo cual nos ayuda en la tesis ya desarrollada de que la «ciudad ideal» no puede traducir fielmente el presupuesto utópico que la anima, sino que lo recorta y lo niega al concretarlo.

Efectivamente, marxismo y liberalismo coinciden en elegir lo *social* como el origen del mal de los hombres. Tal localización permite la utopía: la esperanza en la infinita perfección, el deseo de cualquier cosa. Si el mal está en lo social —y a este nivel, y sólo a éste, es irrelevante que se localice en el aparato jurídico, en las relaciones de producción, en la educación y los hábitos...— es imaginable su absoluta abolición en el futuro, o mejor, es imaginable su liquidación sin lugar ni tiempo. Si el mal es social, es «artificial», es decir, producido por los hombres...; y, como todo producto histórico, contingente y superable cuando se piensa en el progreso infinito, es decir, en el marco de una filosofía que postula la infinita potencia creadora-transformadora del hombre.

Si el mal se hubiera puesto en la *naturaleza*, como Hobbes aconsejaba, la esperanza en una felicidad infinita no sería posible, pues la naturaleza y su orden necesario escapan a la contingencia y a la imaginación. El «Olvido» que en ambas corrientes se da a la determinación natural, o su infravaloración, posibilitan la utopía. Nuestra conciencia social, pues, se mece en un postulado utópico, aunque parezca paradójico afirmar esto de una conciencia que gusta considerarse realista y

que se presenta asiduamente, en sus formas concretas, como una tecnología práctica y grosera al servicio de la reproducción del orden existente.

Nótese que al poner el origen del mal en lo social, es decir, al ponerlo como el agente de la realidad histórica, se apuesta por el progreso indefinido (mejor dicho, por un presupuesto filosófico del hombre como sujeto histórico y con infinita potencia transformadora). Es en esa indefinición, en su potencialidad infinita, donde radica la posibilidad de imaginar la perfección infinita, la infinita felicidad, belleza y bondad.

La utopía, pues, sólo es posible del lado del progreso y de su infinitud. A no ser que se vuelva a Rousseau, se postula la infinita felicidad del imaginario hombre natural y se afirma la fuente de todo mal en la sociedad. En cualquier caso, y como una burla, las dos formas radicales de utopía deben poner el mal en la sociedad: una para confiar en su reforma-revolución infinita y la otra para incitar a la rebelión constante, a su imposible renuncia. Y, en ambos casos, deseo de lo imposible lo que se refleja en su mensaje positivo: una contentándose con reformas-revoluciones parciales y determinadas y la otra aceptando la lucha por la virtud ante la pérdida irreparable de la inocencia. Pero esa *renuncia* fáctica deja más vivo el deseo utópico de lo imposible que cualquier ciudad ideal, que lo sustituye y empobrece. Las utopías escritas, o descritas, son menos utópicas, más ordenadas y localizadas que ese profundo sentimiento que reproduce el rechazo incluso de aquello que, en la sobrevivencia, se afirma.

Para terminar, y a fin de no renunciar al tal vez más «utópico» de los prejuicios, a saber, la idea de que la filosofía debe intentar dirigir la vida práctica, permítaseme subrayar dos ideas, que incluso creo oportunas a estas alturas de la historia, en estos momentos en que puede hablarse, a veces para conseguir el aplauso fácil, del regreso de la ciencia a la utopía, y del socialismo científico al socialismo utópico. En primer lugar, que las «ciudades ideales» son menos *utópicas* y más dependientes del orden que imaginariamente niegan que algunas de esas otras alternativas «científicas», que con frecuencia no pasan de «reformistas», pero cuyas representaciones *tópicas* están animadas por un presupuesto utópico que no agotan, que ni siquiera descubren, pero cuya potencia negativa es tal que no cae en la limitación de diseñar un orden positivo ideal. En segundo lugar, que si la marcha de la utopía a la ciencia ha dejado ver su grosería, la pendiente abajo no

puede ocultar la impotencia de la que nace. Porque la gran lección de la historia de la filosofía bien pudiera ser ésta: que para no traicionar el lenguaje y caer en el desvarío, es decir, *para que la utopía no tenga lugar*, debe limitarse al tiempo de la filosofía, al momento de la especulación filosófica, dejando el tiempo de la vida cotidiana, lleno de lugares, de orden, de jerarquía, de limitaciones... al triste y necesario trapicheo del pacto, del consenso, de la tolerancia, de los máximos y mínimos ponderados... Y si así se hace, si reservamos la «ciudad ideal» para el teatro, la poesía o la tertulia literaria, tal vez consigamos paradójicamente, dejar más libre el presupuesto utópico bajo el discurso científico-reformista, mantener más viva la potencia negadora. Porque, al fin, no puedo ahuyentar la sospecha de que las «ciudades ideales», como irrupción de la literatura en el combate social, siempre han sido vividas como eso, como obras literarias, sirviendo para hacer posible esos momentos, específicos de la especie humana, en que, separados del comercio, de la transformación de la naturaleza y de la sociedad, se entregan a la divina tarea de recrear el mundo como dicen que Dios lo creó: con un acto de su entendimiento.



“Utopía” fue un término acuñado por Tomás Moro que dio título a su conocida obra —publicada en 1516— en la que describe una isla ideal. Tal expresión significa, etimológicamente, “lugar que no existe” (“lugar en ninguna parte”). Este punto es importante, ya que tal **inexistencia** puede interpretarse bien como “lo que todavía no es”, bien como “lo que no puede ser”.

Es difícil, pero necesario, poder diferenciar esa doble faz, pues el mayor peligro de lo utópico parece radicar en una posible caída en lo inhumano. Y esto por dos caminos distintos: al promover situaciones que, como medio o como fin, vayan en contra de la dignidad humana o, por el contrario, atribuyendo al ser humano como tal posibilidades y virtudes exageradas.

La primera tendencia (pesimista) suele consolidar regímenes totalitarios (no importa aquí si de izquierdas o de derechas) en los que las personas deben someterse a rígidos y a menudo crueles programas teóricos; la segunda tendencia (optimista) puede conducir a una especie de disolución social en aras de teorías pseudo-liberadoras que ilusionarán vanamente a los hombres, sumiéndoles después en una mayor insatisfacción si cabe.

Sin embargo, y dentro de los muchos aspectos que la Utopía ofrece, queremos destacar el de **Horizonte**. Ese horizonte que nunca parece estar “aquí”, sino más “allá”, pero que da sentido a nuestro mundo, ensanchándolo a la mirada; que es, asimismo, imán que nos atrae, lejanía sin embargo próxima.

¿Qué es lo utópico y la utopía? Las páginas de este libro nos ofrecen la posibilidad de reflexionar sobre ello, de entender mejor la dimensión utópica, su significado, sus implicaciones. Todo un equipo de especialistas aporta autorizadas y valiosas consideraciones.



RUTAS DEL VIENTO